

## CACAHUATES A DOMICILIO

Ricardo Aguilar Pomar

---

No, no les voy a hablar del manicero, ese simpático personaje que, según la popular canción cubana recorría las calles habaneras pregonando sus "cucuruchos" de rico maní. Hoy me voy a referir a ese par de maderitos unidos por un delgado cordón de cuero, que tanto sudamos para conseguirlos, y sin los que cualquier scouter o dirigente que no los lleve colgados a cuello es visto casi como a una cucaracha.

Esos conocidos por el Reglamento de la ASMAC como "I.M.", y coloquialmente, por quienes ya los portamos, como "cacaahuates". Esta es la historia de los míos.

Andaba entonces por mis 18 años y a sólo 4 de mi Promesa como tropero. Después de una meteórica carrera como patrullero de las Águilas, Guía de los Tigres, Rover Investido y Jefe de la Tropa del Grupo 2 de la Parroquia meridana de San Cristóbal, acababa de ser nombrado Jefe de Tropa de Distrito, equivalente al actual Sub-Comisionado de Tropas. Por aquellos días, era lo que se llama un scout "de hueso colorado" (sigo siéndolo, pero mucho más calmado): pensaba como scout, actuaba como scout, vivía como scout y más que nada, soñaba como scout. Y mi sueño más preciado era el de conseguir la codiciada Insignia de Madera que me convertiría en un Jefe con toda la barba, y tal vez, en un futuro no lejano, en un Scouter Profesional, para poder dedicar las 24 horas de mi tiempo a mi idolatrado Movimiento Scout.

Hasta no hacía muchos años, los cursos de Insignia de Madera se daban exclusivamente en Gilwell Park y en alguno que otro privilegiado lugar de Europa, por un Staff muy selecto de, o autorizado en Inglaterra, y, obviamente, en inglés, por lo que poder asistir, entender, y eventualmente, aprobar el Curso, estaba en marciano. Afortunadamente, con la adquisición y habilitación de Meztitla y la presencia de un grupo de jefes mexicanos o residentes, que hoy son leyenda, y que habían recibido sus maderos en Europa, de vez en cuando se daba una autorización muy especial a México para impartir el Curso, para adiestrar a scouters mexicanos y latinoamericanos de la región. Por entonces México era líder del escultismo latinoamericano.

Los manuales de César Macazaga y los libros de Editorial Escultismo eran textos obligados entre los hermanos scouts de habla hispana, y nuestro país llegó a ser sede del Consejo Interamericano de Escultismo, antes de que éste se radicara definitivamente en San José de Costa Rica. Y así, de pronto, el sueño se puso al alcance de la mano. Nos llegó la convocatoria, y con ella la posibilidad, de tomar el ansiado Curso de Insignia de Madera, nada menos que en el flamante Campo Escuela de la ASMAC en Meztitla.(1) Dos o tres también precoces scouters y yo, con la misma juventud y entusiasmo escultista, vimos el cielo abierto y nos apuntamos al evento, viéndonos ya con los ansiados maderos al cuello. Pero pagar la cuota de admisión y llegar a Meztitla ya era otro rollo. Después de una relativa bonanza mientras duró la II Guerra Mundial, con abundancia de dinero y escasez de bienes de consumo, siguió una aguda crisis económica.

Nosotros, los de la clase media, media fregada, diría yo, fuimos quienes más la resentimos por ser, como siempre, la carne del sandwich, apachurrada por arriba y por abajo. Por otra parte, faltando aún algunos años para que el legendario Ferrocarril del Sureste uniera por tierra la Península de Yucatán con el resto de la República, poniendo fin a su histórico aislamiento, viajar a los estados del centro de país suponía toda una odisea. Había que hacer la travesía por mar, en alguno de los barcos que hacían regularmente la ruta de Progreso a Veracruz. Si se contaba con los medios suficientes para viajar con camarote y litera, en el "Emancipación" (el más grande), el "Uxmal" o el "Veracruz". Si viajabas de "raspadito", en cubierta, bajo un toldo de lona, y en una silla de playa, en alguna de las "motonaves" de la "Flota Mosquito" que hacían el servicio de carga, incluyendo entre ésta a algunos intrépidos viajeros, entre los puertos del Golfo, pero principalmente entre los antes citados. Por cierto que, aunque bastante numerosas al principio, cada temporada de "nortes" v huracanes alguna de

estas "cáscaras de nuez" se iba a pique con todo y carga y pasajeros, por lo que, andando el tiempo, todas pasaron a formar parte de la "Flota Submarina de México", o, dicho de otro modo, siguieron la ruta vertical del "Titanic" (después del iceberg).

Obviamente, debido a nuestras estrecheces económicas, y pese a los riesgos, los presuntos aspirantes a Diplomados de Insignia de Madera viajamos de "raspaditos". Debidamente informados del día y hora de la salida, nos trasladamos al puerto de Progreso para estar puntualmente a bordo. Las salidas eran a las primeras horas de la noche, nunca supe si para que el pasaje no se diera cuenta de las exiguas dimensiones del barco o para que a los primeros bamboleos no cambiara de opinión y se lanzara por la borda para regresar a nado mientras aún tenía la costa a la vista.

Y así, entre mareo y huácara, después de unas 40 interminables horas en el mar, bajamos tambaleantes en un muelle de Veracruz, con los rostros demacrados y de un poco saludable color amarillo verdoso, y nos desplomamos sobre nuestras mochilas en la primera sombra que encontramos para reponernos de nuestras recientes penalidades. Ya de mejor talante y con un hambre de 2 días, ya que, aunque la comida estaba incluida en el precio del "cruce", a nadie le apetecía, y de todos modos, no nos duraba dentro más de 5 minutos, comimos cualquier cosa en un puesto callejero y abordamos un A.D.O. con destino a "la región más transparente", o sea, la Ciudad de México. (en aquellos tiempos todavía no eran noticia cotidiana los índices de ozono y de partículas suspendidas, y los coches, ¡oh maravilla! transitaban todos los días).

Llegamos en las primeras horas de la noche de un sábado, y después de deambular por Reforma, en que aprovechamos cenar con una torta "de a peso" y un refresco "barrilito", dimos con el destaralado edificio de la Oficina Scout, en las calles de Florencia, en la Colonia Roma (si mal no recuerdo). Nos recibió una vieja malgeniosa pero de buen corazón, que después de regañarnos por llegar "así nomás", al ver nuestros ajados uniformes y de enterarse de qué tan lejos veníamos, accedió a darnos posada en una de las oficinas vacías. Con las aventuras recién vividas y el consiguiente agotamiento que traíamos, aquella noche, encima de un escritorio, o debajo, sobre el viejo piso de duela, dormimos como reyes, como si estuviéramos en un Hilton de 5 estrellas.

Domingo en la mañana. Reconfortados, después de un reparador descanso, salimos, ya de civiles para reservar nuestros uniformes para el Curso, a buscar un taco para desayunar, y ya ubicados en Reforma, caminamos hasta Chapultepec admirando los monumentos, algunos de nosotros por vez primera, de la Diana, Colón, Cuauhtémoc y la Columna de la Independencia, hasta llegar al Bosque, donde pasamos muy divertidos el resto del día, regresando a nuestro improvisado refugio a temprana hora de la noche para descansar a fondo, ya que el día siguiente sería nuestro "Gran Día".

El lunes, despertamos temprano, mucho antes de que empezara el movimiento en la Oficina, recogimos nuestro tiradero y después de cerciorarnos de haber hecho un "despiste" impecable, nos acicalamos, y estirando a mano las arrugas de nuestros uniformes nos pusimos de lo más pulcros posible, listos para nuestra "presentación". Comenzó a llegar gente a la Oficina, ocupando en las labores que le eran propias los escritorios que poco antes nos habían servido de improvisadas camas. A nuestros educaditos "buenos días" acaso nos respondían con un ininteligible murmullo entre dientes, pero, por lo demás, nadie nos pelaba ni, al parecer, sabía nada de nada.

Al fin, a eso de las 10 de la mañana, vimos llegar a un hombre de imponente personalidad. Alguien nos dijo en voz baja -"es el Jefe Scout"- . Al notar nuestra presencia, nos tendió la mano izquierda y afablemente nos dijo: -"Hola muchachos, qué gusto de verles por aquí" -" Soy Rafael Prieto Aguilera, Jefe Scout Nacional". Nosotros, bien "apantallados" (Híjole, si estábamos frente a nada menos que el Jefe Scout Nacional), apenas pudimos murmurar nuestros nombres y un cortés: -"Mucho gusto". Pero lo que a continuación nos dijo, de plano nos movió el tapete:

-";Qué milagro que nos visita alguien de Yucatán! ¿Y qué les trae por aquí?". Sin dar crédito aún a sus palabras, respondimos muy serios: -"Vinimos al Curso de Insignia de Madera que según el boletín

oficial comienza hoy en Meztitla".

-¿Insignia de Madera? Mmm, ¿Es que no les dijeron?" -"Nos dijeron qué? -"Que se suspendió porque no se completó la asistencia mínima". Sintiendo que el piso se hundía bajo nuestros pies respondimos -" No, para nada". -"Ah, qué secretaria esta, le dijimos que le avisara a todos los que se habían inscrito. Pero no se preocupen muchachos, para el próximo Curso veré personalmente que les avisen". Yo sólo murmuré entre dientes: -"Por lo que a mi hace, no habrá próximo". -"¿Perdón? -"Que fue un honor conocerlo y le agradecemos todas sus atenciones".

No recuerdo si la plática continuó unos minutos más, ni me importó en ese momento.

Negros pensamientos llenaban mi mente, pensaba en las ilusiones, los sacrificios y las penalidades que habíamos pasado, y las que nos faltaban de regreso, por llegar a un curso que nos convirtiera en los jefes que soñamos ser. Y todo esto para nada, "gracias" a la negligencia estúpida de "alguien" sin rostro ni nombre. En mi frustración, en ese momento me juré solemnemente que jamás volvería a mover un dedo por tener los mentados maderos, a menos que alguien me los llevara hasta mi propia casa, lo cual equivalía exactamente a decir: **nunca**.

Aunque lo pensé muy seriamente, no pude despojarme de la camiseta que llevaba adherida a mi propia piel, así que, repuesto de la decepción, seguí en el Movimiento con el mismo entusiasmo de siempre.

Andando el tiempo, regresé a mi querido Grupo 2 de San Cristóbal, primero como Jefe del Clan y más tarde, como Jefe del Grupo. Me casé con mi novia de adolescente, a la que conocí precisamente por haberme hecho scout, al frecuentar un rumbo, el de la parroquia de San Cristóbal, que no era el mío. Nació mi primera hija, me endeudé para pagar mi primera casa y mi primer automóvil, por lo que el trabajo y la familia se convirtieron en mis prioridades. Con la llegada a Yucatán del Ferrocarril del Sureste, en 1957, en los siguientes años, década de los '60, al quedar comunicados entre sí, y con el resto del país, extensos territorios de tierras fértiles y potencial de gran riqueza en los estados de Veracruz, Chiapas, Tabasco y Campeche, Yucatán, con un desarrollo mucho más aventajado en su industria y comercio, de pronto se vio ante un mercado ávido de satisfactores y no lo desperdició.

La compañía para la que entonces trabajaba se unió al "boom" y pronto me tuvo haciendo vida de pionero en aquellas tierras recién descubiertas. Con una tecnología que hoy resulta rústica y obsoleta, llevamos los primeros beneficios de la refrigeración a aquellos antiguos campamentos de trabajadores del ferrocarril que rápidamente se estaban convirtiendo en pueblos y ciudades. Desde el comienzo de su construcción, el Ferrocarril del Sureste se convirtió en leyenda. En el afán de dominar las montañas, las selvas impenetrables, los pantanos sin fin y los caudalosos ríos, miles de héroes anónimos dejaron sus fuerzas, su salud y hasta su vida, a causa de la malaria, la insalubridad, los accidentes y las víboras y otras fieras de la selva. Por allá se dice que la obra costó tantos muertos como durmientes tiene el ferrocarril.

Sin duda todos conocemos por películas o por la televisión, la "Epopeya del Oeste Norteamericano", en el que el ferrocarril tuvo un papel protagónico. Lamentablemente, la "Epopeya del Ferrocarril del Sureste", mucho más dramática e interesante, jamás se ha contado. Yo tuve la suerte de vivir uno de los últimos capítulos de esa epopeya.

La consecuencia de esa etapa de mi vida fue que tuve que separarme, a veces por semanas enteras, de mi esposa y mis hijos pequeños, de mi amistades y sobre todo, de mi querido Movimiento Scout. Por honestidad, dejé aquellos cargos que ya no podía atender y me entregué de lleno a mis nuevas obligaciones. Después de todo, ¿No era esa la finalidad de todo lo que el escultismo me había enseñado?. Con mucha frecuencia, ante una situación o un problema especialmente difícil, me hacía esta pregunta: ¿Cómo le haría un scout para salir de esto? Invariablemente encontraba en mí mismo

la solución.

Pasaron los años, mi hijos crecieron, mi situación se consolidó y las condiciones de trabajo se me hicieron más fáciles. Comencé a encontrarme más a menudo con mis antiguos amigos de la tropa y el clan, y ex-colegas scouters, muchos de ellos padres de familia ya retirados del escultismo, y otros aún en activo. Estos últimos a veces me invitaban a alguna ceremonia o aniversario.

Entonces sacaba mi viejo uniforme y a la hora de las presentaciones formales invariablemente me anunciaba: Ricardo, el Güero Aguilar (como todos me conocían), Scouter Sin Cargo. No faltaba quien me preguntara: ¿Y cómo es que después de tantos años no portas la Insignia de Madera? Con una sonrisa un tanto enigmática, generalmente respondía: -"Esa es una larga historia". Y de ahí no me sacaban. En realidad, hasta hoy son muy pocos los que la conocen.

Andando el tiempo, mis hijos mayores, Yasmín y Ricardo, crecieron y, siguiendo la tradición familiar, se hicieron scouts en el casi recién fundado Grupo 23 del Colegio Peninsular, donde estudiaron de la Primaria a la Prepa. Como Padre de Familia del Grupo, el Consejo, conociendo mi experiencia, me invitó a integrarme como Vocal, con funciones de algo así como Asesor Técnico. En eso anduve por los años '78 y '79, hasta que el Consejo de Grupo dejó de funcionar o pasó a manos de quién sabe quien.

Por esa misma época, Octubre de '78, me hice radioaficionado, con licencia de la SCT e indicativos XE3AR, que vinieron a convertirse en mi "tercer apellido" (no puede haber otros iguales en todo el mundo). Desde entonces, cada año, al aproximarse las fechas del JOTA, me dirigía a la Asociación (Distrito o Provincia), para ofrecerles mi colaboración para que los muchachos pudieran participar. Acaso recibía unas corteses "gracias", y no volvía a saber más del asunto. Cansado de la indiferencia del Distrito o la Provincia, que estaban privando a los muchachos de participar en un evento mundial que ya gozaba de una gran popularidad, decidí tomar la iniciativa.

Moviendo relaciones conseguí una hacienda no lejos de Mérida e invitando a los dos Grupos más cercanos a mi corazón, mi viejo Grupo 2 y el 23, mi más reciente, el de mis hijos, donde ya tenía muchos amigos. Con los dos Grupos hicimos en la Hacienda Cheumán, en octubre del '88 y con unos 40 muchachos, el primero de los más exitosos JOTA's que se harían en los siguientes 10 años, a pesar de que el Huracán Gilberto, que causó muchos destrozos en Yucatán, nos tiró árboles e instalaciones eléctricas en Cheumán, por lo que tuvimos que trabajar duro para despejar el terreno y colgamos de la CFE para que nos restableciera el servicio eléctrico a escasas horas del evento.

Dos meses después, en diciembre, los Rovers del 23 me visitaron para ofrecerme la jefatura de su Clan, a lo que accedí encantado. Pese a que había desempeñado el cargo con regular éxito en el Grupo 2 hacía ya muchos años, estaba consciente de mi desactualización y falta de entrenamiento. Para no defraudar la confianza que los muchachos habían puesto en mí y para hacer un papel decoroso en mi nuevo cargo, accedí a romper un juramento que había mantenido por más de 30 años y me inscribí al Curso de Insignia de Madera que la Provincia estaba promoviendo para fecha próxima. En realidad, el Curso, todavía con el esquema antiguo, se me hizo de puro trámite.

A esas alturas ya llevaba aprobados 3 Preliminares, de Tropa, de Grupo y de Clan, por lo que todo fue asistir puntualmente a los 3 o 4 campamentos de rigor, poner (o fingir) mucha atención a los adiestradores, y, sobre todo, mantener la boca cerrada. Entregamos puntualmente los "talleres" y esperamos pacientemente las "evaluaciones", y con ellas, la ansiada aprobación del Curso.

En esta interminable espera, que ya se alargaba por meses, me vine a enterar de que, pese a la cacareada humildad de los adiestradores, nuestro Director se aferraba a "sus" 4 maderos, que se supone debía portar sólo mientras durara el Curso, mediante el expediente de retrasar indefinidamente la evaluación y aprobación de los esperanzados cursantes hasta que un nuevo curso estuviera va en marcha. Sólo entonces empezaba a soltar los ansiados "cacahuates" y las pañoletas

del "Grupo I de Gilwell".

Es increíble la cantidad de caras que puede adoptar la corrupción.

Pero nuestro "cuatro maderos", pese a ser tan "mamucas", o quizá por eso mismo, tenía sus debilidades.

Le encantaban las fiestas, con uniforme o sin él, pero eso sí, bien provistas de bebidas espirituosas, y a condición de ir de "chayote":. Cada vez que alguno de los postergados cursantes le preguntaba por sus maderos, invariablemente respondía "ahí están, pero ya sabes cuál es la cuota". Yo al principio lo tomaba a broma, pero poco a poco me fui convenciendo de que si no accedía a hacerle su fiesta, probablemente nunca vería mis, ahora sí, bien ganados cacahuates. Me resistía a hacerle el juego a la corrupción, pero al fin me convencí de que, en este nuestro "México lindo y querido", hay veces que no nos queda de otra. Al fin le organicé su fiestecita con la asistencia de los muchachos de mi Clan y los 3 o 4 esperanzados cursantes de mi Grupo, naturalmente, en mi casa.

El tipo estaba eufórico, tal vez por la satisfacción de habernos "torcido el brazo" a su gusto o bien como resultado lógico de la "barra libre". Nadie le mencionó el asunto que nos había reunido, pero la expectación flotaba en el ambiente.

Al fin, a eso de la medianoche, cuando era notorio que ya llevaba "medio estoque" adentro, se puso de pie, y proponiendo un brindis, sacó de su bolsillo mi Insignia de Madera y me la colgó al cuello, no sin antes insistir en remojar los cacahuates en una copa de Bacardí "para curarlos". (Nunca supe de qué habían estado enfermos). Pocos días después, aunque en forma menos espectacular, los demás muchachos del 23 recibieron sus Diplomas, Maderos y pañoletas de Gilwell.

No me cabe duda de que Dios escribe derecho con renglones torcidos.

Muy a mi pesar quebranté un juramento que me hice más de 30 años antes, pero tuve a cambio la íntima satisfacción de recibir mis "cacahuates" a domicilio.

Febrero del 2000.

(1). - Investigaciones posteriores nos permitieron confirmar que ese Curso en realidad debía efectuarse en un lugar llamado "El Teponaxtle", situado en el Edo. De México. Mextitla aun no se adquiría o acondicionaba.

---